

Otro tonto isekai más

Adolfo Martínez



Capítulo 1

Capítulo I - Rumbo hacia un nuevo mundo

Abrí mis ojos. Todo estaba oscuro, salvo por un pequeño halo de luz que iluminaba a una chica. Era la perfección encarnada en una mujer. Ella vestía una túnica antigua, casi como un vestuario de monja pero de color purpura y sin capucha.

—Mucho gusto —dijo la mujer. Mis ojos por acto reflejo e involuntario, se desviaron hacia el pronunciado escote de la chica, dos grandes bultos sobresalían desde la túnica, como si fueran dos melones bastante maduros. Ella sonrió—. Soy Ásari, la guardiana de este universo. Una querubín aspirante a Diosa. Lamento mucho vuestro destino, pero ustedes han perecido.

Me la quedé mirando sin entender lo que estaba sucediendo. Me llevé la mano al rostro y me refregué los ojos.

—Antes que nada, necesito saber esto. ¿Me atropelló un camión?

—No, pero ojala hubiese sido así —señaló la querubín.

¿Qué ojalá hubiese sido así? Tragué saliva. No podía recordar absolutamente nada de mi vida pasada ni el cómo morí. De pronto, procesé la información, no solo había muerto yo según lo que dijo esta chica.

—¿Has dicho que hemos perecido? ¿No solo he muerto yo? ¿Qué fue lo que pasó? —pregunté.

—Así es. Lo describiré en vuestra jerga planetaria. Hubo un problema técnico durante la programación de una de nuestras estrellas las cuales se transformarían en una fuente lumínica solar. Pero calculamos mal, estalló y los rayos gama alcanzaron a la tierra y pasó lo que pasó. Pero no te preocupes mucho por eso, solo son detallitos —dijo Ásari.

—Espera, ¡¿qué?!

—¡Lo importante es que ahora podrás renacer en un nuevo mundo!
—replicó, esta vez, con un falso entusiasmo.

—¿Acabas de decir que la vida en la tierra se extinguió?

—¿Pero sabes lo mejor de todo esto?! ¡Es que nuestro Santo Padre ha decidido otorgarles el renacimiento avanzado más dos talentos, y se saltarán la etapa infantil y la adolescencia! ¡Ahora renacerás en un mundo pacífico y tendrás dieciocho años!

—¿Estamos todos muertos? —pregunté con resignación.

La chica desvió la mirada, algunas gotas de sudor recorrían su rostro.

—Quizás. Bueno, en realidad sí.

Entrecerré los ojos y la miré en silencio. ¿Quizás? ¿De verdad? Además, ¿Quién soy? ¿Quién fui en mi vida pasada? ¿Y estoy aquí porque una estrella explotó y nos mató a todos? Noté que la querubín estaba un poco nerviosa ante mi inquisidora mirada.

—Bueno, sí —dijo Ásari—. Murieron todos pero la compensación es bastante generosa. ¡Es una promesa!

Solté un suspiro. ¿Nos morimos por un fallo técnico? Creo que ahora entiendo la frase “y Dios nos hizo a su imagen y semejanza”.

—Supongo que son cosas que pueden pasar —dije, resignado a mi destino.

—Así es, tal cual, son cosas que pueden pasar. Y no te preocupes por lo que acabas de pensar en tu mente, no le damos importancia a lo que puedan decir de nosotros o de nuestro santo Padre en sí.

Di un respingo y tragué saliva. Agaché la cabeza y miré al suelo.

—Perdón, fue sin querer —dije. Lo mejor sería dejar de pensar mucho para no volver a meter la pata.

—Nuestro trabajo se basa en catalogar a cada persona por las acciones que realiza, no por lo que dice. Así que, tranquilo. —dijo Ásari. Levantó el dedo pulgar y me guiñó un ojo—. ¡Ah! Tenías algunas dudas. No te preocupes por la pérdida de memoria. Se hizo con el objetivo de evitar que mantuvieses sentimientos anclados a tu extinto mundo.

—Eso de extinto mundo suena un poco cruel.

—Lo es, pero es lo que sucedió, lamentablemente. Sobre tus seres queridos, todos estarán bien. Como guardiana del universo, también ejercí como espíritu protector de muchos seres vivos. Por esa razón, sé que ellos renacerán en otros mundos con las mismas facilidades que tú. Es una

promesa de parte de una querubín.

No pude evitar una sonrisa, al menos una de mis preocupaciones se habían esfumado. Sin embargo, fruncí el ceño. ¿Cómo era posible recordar el mundo donde nací, pero no podía recordar mi vida pasada? La tecnología, la naturaleza, el sistema solar, la flora y la fauna. Las grandes ciudades, el internet, la televisión, la radio, la música, el arte, los países. Lo recordaba todo.

—Veo que tienes algunas dudas sobre tus recuerdos —soltó la querubín.

Di otro respingo, jamás me acostumbraría a esto.

—Sí, tengo muchas dudas —respondí. No había razón para mentirle.

Ásari asintió con una seguridad casi arrogante, al punto de ponerme incómodo.

—Es otra de nuestras compensaciones. En la tierra, ha habido renacidos adelantados a su época. Gente con conocimientos extraídos desde otros mundos y que han adelantado la tecnología conocida del planeta al que han llegado.

—Espera. ¿Renacidos en la tierra?

—Así es. —dijo Ásari y volvió a asentir. Luego, me miró con el ceño fruncido y me apuntó con el dedo—. Ah, y cuando asiento así no es por arrogancia, si no por seguridad. —se cruzó de manos y movió la cabeza de lado a lado en señal de reprobación— Tienes que tener respeto por tus mayores, jovencito.

Tragué saliva. Era raro que una chica que tenía una apariencia de veinte años me tratara de jovencito. De pronto fruncí el ceño, ¿por qué me molestaba esto? Según ella renacería con dieciocho años pero mis recuerdos estaban borrados y no sabía a qué edad fallecí, ni siquiera podía recordar mi nombre.

—Perdón —volví a decir, con la mirada dirigida al suelo.

—No te preocupes, y no te pases culpando siempre. Aunque no hay nada que podamos hacer, está en tu personalidad y forma parte de la influencia que has adquirido durante tu vida en la tierra. Además, no pienses tanto en tu pasado. Ahora tendrás una nueva oportunidad, un nuevo futuro, solo tienes que aprovecharla.

Me llevé una mano al mentón. Ahora entiendo algunas cosas, lo que haya hecho antes tendrá influencia en mi personalidad. Además, en nuestro mundo ha habido renacidos con recuerdos externos a nosotros según lo

dicho por la querubín. De pronto, recordé algo importante.

—Ásari.

—¿Sí? Dime lo que quieras, si puedo responder, lo haré.

—Recuerdo una época donde hubo un boom de nacimientos. Eso me hace creer que lo que le ocurrió a la tierra, también sucedió en otras partes de este universo. ¿Eso es así?

La querubín se sobresaltó, noté que se le caían algunas gotas de sudor de la frente.

—Puede ser, no creo que sea necesario ocultarlo o por lo menos nuestro Santo Padre no nos ha dicho nada. Una de las galaxias que rodea al universo sufrió un pequeño desperfecto casi similar al que sucedió en la tierra, y algunos planetas que albergaban vida terminaron pereciendo. Así que distribuimos sus almas en distintos planetas, uno de ellos fue en la tierra. El universo suele ser un lugar un poquitín peligroso —dijo Ásari, mientras se cruzaba de brazo y asentía con la cabeza—. Pero dejemos de hablar sobre estas cositas técnicas. Ahora, es importante que firmes el contrato que te llevará como un renacido a tu nuevo mundo.

La querubín dio una palmada, delante de ella apareció una mesa lleno de papeles. Trató de ocultar uno en específico dejándolo bajo otros documentos y eso encendió mi curiosidad.

—Éste es —dijo Ásari, y me dio el contrato.

Comencé a leerlo. El texto exponía que por motivos extraordinarios, se concedía la reencarnación avanzada en un nuevo mundo a los habitantes de la tierra. Vi un anexo que explicaba que el idioma se ajustaría al lenguaje del nuevo mundo. Leí lo importante, me salté gran parte de los documentos hasta que encontré una sección con letra pequeña que indicaba que, después de renacer, la Diosa, querubín o Serafín que admitió el contrato, no se haría responsable de una reencarnación fallida, con poca extensión de vida o garantía de una vida plena.

Me quedé mirando a Ásari con los ojos entrecerrados y en silencio.

—Son solo detallitos, detallitos pequeños —soltó la querubín, con una risita nerviosa.

Aproveché su descuido y agarré el documento que Ásari trató de ocultar. La querubín soltó un grito de terror. Le di la espalda y comencé a leerlo.

Era el texto de las probabilidades, consecuencias y posibilidades que

tendría un nacimiento en la tierra.

En el documento estaba escrito el porcentaje de que el alma naciera con defectos físicos u enfermedad, rico o pobre, de un país u otro, con un tipo específico de personalidad, en una zona en guerra o en paz.

—¿En serio? —le pregunté.

—¡No leas documentos ajenos! ¡Tenme un poco de respeto, por el amor de nuestro santo Padre! —exclamó Ásari, totalmente embravecida.

Saltó sobre la mesa y corrió hacia a mí a zancadas, le iba a devolver el documento pero me di cuenta de una palabra algo extraña. ¿Decía demonio ahí?

Ásari extendió el brazo y cuando iba a agarrar el documento, la esquivé. La querubín pasó de largo, se había impulsado con tanta brusquedad que al final cayó al suelo, arrastrando el rostro en el piso. Soltó un chillido.

Aproveché de leer ese inciso del documento mientras Ásari se masajaba la nariz.

La tierra es un sitio idóneo. Las divinidades caídas en desgracia aceptaron su destino y ninguno se convirtió en Rey Demonio. Por lo cual, la tierra se presenta como un sitio ideal para vivir en paz, y sus únicos conflictos son entre humanos. Es por eso que la ayuda divina se suspendió en su totalidad.

Ásari se acercó a mí y me quitó el documento de un manotazo. La chica tenía la nariz y la frente roja como un tomate.

—¿Cuánto de esto leíste?

—Casi todo —respondí.

—¡Por el amor de nuestro santo Padre! —soltó Ásari, enfurecida—. ¡Es imposible que hayas cambiado tanto en tan solo cuatro años! ¡¿Es que acaso tu pasotismo llegó a niveles divinos?!

—¿Qué? —pregunté confundido.

—Da igual. No lo vas a entender. Simplemente firma tu contrato y vete a hacer tu vida por ahí.

—Supongo.

—Supones bien, ahora firma el contrato y vete de una vez. ¡Vete de una

vez y ya!

Me la quedé mirando durante unos segundos. Ella estaba con el ceño fruncido y sus ojos rojos dejaban entrever que en cualquier momento se pondría a llorar de frustración. Más que una divinidad, parecía una niña pequeña y mal criada.

—Escuché eso, bastardo mal agradecido.

Di un respingo.

—Perdón. Sé que estuvo mal, pero creo que leerme la mente es una invasión a mi privacidad.

—¡Vete ya! —exclamó Ásari.

Jamás me iba acostumbrar a esto. Me apoyé en la mesa y Ásari me pasó un bolígrafo. Al final, terminé firmando el contrato.

—Bien. Estas son las instrucciones. El mundo al que vas, alcanzó la paz hace unos cuantos años atrás, por lo que la sociedad recién está tomando forma. Pero como tu muerte se debió a nuestra negligencia, yo, Ásari, prometo que te enviaré ayuda para que inicies tu nueva vida y te adaptes con rapidez.

—¿Qué clase de ayuda?

—No puede ser de carácter divino, ya que no hay necesidad, por supuesto. Pero será una ayuda terrenal. También como compensación, recibirás dos talentos. Esto los puedes elegir tú, pero solo los conseguirás con entrenamiento y enfocándote como mucho en dos tareas distintas. ¿En qué áreas puedes conseguir tus talentos? ¡Puede ser en cualquiera! Pintura, música, cualquier instrumento que elijas, ciencias, matemáticas, deportes, etc. ¡Lo que tú quieras!

Alcé una ceja, no era una mala compensación.

—Eso sí —prosiguió Ásari—, te pido que por favor, trates bien a tu nueva compañera. Ella es una criatura que recién está iniciando su vida en este mundo y quizás sea un poco curiosa e insistente con algunas cosas cotidianas. Así que ten paciencia con ella.

La querubín sonrió. Extendió su mano hacia el cielo oscuro y encima de mí, se abrió un portal de luz. De pronto, todo se desvaneció en un completo destello.

—Por favor, cuidala mucho. Ahora yo, como la guardiana de este universo,

te doy mi bendición. Disfruta esta nueva oportunidad que se te ha otorgado.

Capítulo 2

Capítulo II - La aldea de la hoja

Finalmente abrí los ojos, otra vez. Estaba debajo de un árbol, apoyando la espalda en el tronco y sentado en el suelo de tierra. La maleza me rodeaba por ambos lados y unos cuantos insectos revoloteaban cerca.

De pronto, lo recordé todo. A la querubín aspirante a diosa. Mi muerte y según ella, la extinción de toda la vida en la tierra.

¿De verdad ocurrió tal catástrofe? Ella me explicó que eso ya había sucedido en otras partes del universo y que ajustaban a esas almas en distintos planetas.

Suspiré, todo era realmente extraño.

—¿Y qué tal? ¿No es igual a la tierra? —dijo alguien. Era la voz de Ásari.

—¿Dónde estás?

Una roca en el suelo comenzó a brillar. Emitió una luz verde que titilaba intermitentemente. Estaba extrañado, la recogí y la sostuve en la mano para analizarla.

—Ésta es una roca de la divinidad. Pocas personas la tienen. Puedes comunicarte conmigo siempre y cuando el vínculo sea fuerte. Como conoces mi existencia, no te será difícil conectar conmigo, la aspirante a diosa Ásari.

Vaya. A pesar de hacer el ridículo durante su presentación, aún conservaba el entusiasmo.

De pronto, recordé que ella podía leer la mente. No era buena idea hacerla enojar. Esperé su berrinche por algunos segundos. Sin embargo, nada sucedió.

—¿Por qué haces todo esto? —pregunté.

—Bueno. No es solo contigo. Es con todos los seres vivos que perecieron en la tierra. Están esparcidos en distintos planetas, aunque cuesta acoplarse a cada imagen que ellos tienen de mí. Además, ¿no te crearás tan importante como para pensar que solo estoy hablando contigo en este

momento, verdad?

Entrecerré los ojos e incliné la cabeza. No. Mi prejuicio sobre esta chica era acertado. Es una arrogante.

—¿Y entonces? ¿Estás en otros lugares al mismo tiempo?

—Ding ding —Ásari simuló el sonido de un timbre con su voz— ¡Acertaste! Mi existencia está repartida en casi todos los planetas. Solo estás conversando con una ínfima parte de mí ser.

—Ah —respondí escuetamente.

—Oye. ¿Cómo que ah? ¿Solo vas a decir eso? ¡Te acabo de revelar un secreto importantísimo! ¡¿Y tan solo me vas a contestar con un simple ah?!

Dejé de apoyarme en el tronco y me puse de pie. Noté que algunas hormigas se estaban subiendo en mis piernas así que las aparté a manotazos. Me di cuenta que llevaba encima un conjunto de ropa bastante rupestre, limpias, pero de un estilo tipo granjero feudal.

—Sí, es muy interesante —dije, mientras trataba de luchar contra las hormigas.

Todo quedó en silencio durante algunos segundos.

—Parece que nada te sorprende. Bueno. Mis poderes están sellados en este mundo y me ocurriría una desgracia si los llegara a usar, así que no te seré de mucha utilidad. Pero te prometí ayuda. Así que te enviaré con tu nueva compañera. Trátala bien.

Eso explica el hecho de que no puede leerme la mente. ¿Y dice que me enviará con mi nueva compañera? ¿Será una chica linda tal vez? Sentí como mi corazón comenzó a palpar con fuerzas. Tal vez no había sido mala idea renacer.

—Sostén la piedra en tu mano y apuntala a la dirección hacia dónde vas a ir. Si la diriges al lugar correcto, la piedra comenzará a titilar y te llevará hasta ella.

Asentí y seguí las instrucciones al pie de la letra. Probé en una dirección distinta cada vez, pero no pasaba nada. De pronto, tal como había dicho Ásari, la piedra comenzó a titilar.

—¡Bien hecho! —prosiguió la aspirante a diosa—. Ahora solo debes seguir

ese camino. Recuerda mis palabras, trátala bien.

No entendí por qué la querubín seguía recalando eso. Sin embargo, decidí hacerle caso sin mucha objeción.

Comencé a caminar guiándome por la piedra. Era extraño. La piedra divina titilaba en dirección hacia donde apuntaba, y quedaba opacada si la cambiaba de trayectoria.

Tranquilamente, seguí caminando. Estaba en una especie de bosque. Muchas veces tenía que moverme y alternar la mirada entre la piedra divina y el lugar hacia donde me llevaba, para no estamparme la cabeza con algún árbol.

De pronto, pude verla. Era la figura de una bella chica sentada cerca de un risco, la rodeaba un aura azul y parecía tener unas especies de alas. La piedra titilaba constantemente. ¿Podría ser ella mi guía? ¿Mi nueva compañera de aventuras? Tragué saliva, me armé de valor y me acerqué al risco.

Evadí algunos árboles, caminé unos cinco pasos y me detuve en seco. La chica había desaparecido de mi vista y ahora solo veía un pequeño río. ¿Qué estaba pasando?

Bajé la mirada y la vi. Pequeña, muy pequeña, quizás un poco más grande que el tamaño de una mano. Ella me miró y desvió la mirada, ignorándome por completo. Me quedé atónito mientras la observaba fijamente.

Y los segundos seguían pasando. ¿De verdad esa aspirante a diosa me había asignado una guía turística tan enana? Y me exigió que la cuidara mucho. ¿Será porque al ser tan pequeña puede ser aplastada fácilmente o algo así? La chica azulada volvió a mirarme. Esta vez se puso un poco más nerviosa, pero desvió la vista y comenzó a estrujarse el cabello, ignorándome por completo. Noté como le caían algunas gotitas de sudor o quizás eran de agua.

Pequeñita, arriba de una roca que por la perspectiva parecía un risco, y al lado de un río. La piedra seguía titilando.

De pronto, en un movimiento rápido, volvió a mirarme pero esta vez con los ojos muy abierto.

—¿Me puedes ver? —preguntó con voz nerviosa.

Moví la cabeza de arriba hacia abajo, asintiendo. Ella abrió la boca, tanto

que parecía que se iba a dislocar la mandíbula.

De repente, comenzó a volar, revoloteando alrededor mío. Su aura cambió de un color rojo claro y alternaba a uno amarillo.

—¡El humano me mira! ¡El humano me mira! —exclamó la especie de hada.

Pero en un súbito instante, su color cambió a un negro intenso. Dejó de volar y aterrizó en la roca. Se arrodilló ante mí.

—Por favor, no me mates —dijo el hada, con voz asustada—. Tengo mi flor, te daré mi flor pero no me mates...

Me quedé paralizado. ¡¿Qué quería decir con eso?! Me toqué la cara y comencé a palparme el rostro. ¡¿Acaso parezco un violador del bosque?! Hice un chequeo rápido. Barba incipiente, nariz normal, abundantes cejas. Algo iba mal. Fruncí el ceño y moví la cabeza de lado a lado. Quizás mi aspecto la asustó.

La chica me miraba con curiosidad. De pronto, bajó de la roca y se quedó allí durante algunos segundos. Pensé que tal vez ella había escapado. No sería raro de suponer, cuando voló a mí alrededor, lo hizo a gran velocidad. Miré la piedra pensando que tal vez Ásari, me diría algo. Nada. Todo seguía en silencio.

De pronto, revoloteó alrededor de la piedra hasta llegar arriba. Ésta vez, su aura emitía una luz gris oscura. Se arrodilló de nuevo y esta vez extendió una flor parecida a una rosa.

—Por favor, humano. Perdóname la vida.

Levanté una ceja. Y luego exclamé un sonoro "Ah". Así que a eso se refería, a una flor de verdad. O era eso o me estaba tomando el pelo.

—Hola. ¿Me escuchas? —Preguntó Ásari. La piedra emitía una luz naranja—. Se me olvidó avisarte de otro detallito. No te di la lista de posibles nombres que ese mundo considera como comunes. Así que tendrás que escoger uno. Pero recuerda elegir uno típico, si no, te tacharan de loco.

—Oye, pero ni siquiera sé cuáles puedo e...

La piedra dejó de emitir luz. ¿Me acaba de cortar la llamada? Y más encima no me dijo cuáles eran los nombres más comunes.

De pronto, el hada comenzó a volar alrededor de la piedra. Su color pasó

de gris oscuro a amarillo.

—¡La piedra habla! ¡La escuché! ¡Ella habló! —dijo, mientras seguía rodeando la piedra y a veces la tocaba con los dedos, pero rápidamente se apartaba.

¿A dónde vine a caer?

La chica se detuvo en el aire en seco. Agitó las alas, tratando de mantener la altura.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó, ladeando la cabeza.

—¿Mi nombre? —dije. Me llevé una mano al mentón. Si le explicara que no tengo uno, ¿sería tan ingenua como para no hacer preguntas?— La verdad es que perdí la memoria, lo siento pero no recuerdo mi nombre.

Preferí irme a la segura. Ella volvió a mostrar su rostro de sorpresa que consistía en levantar las cejas, ensanchar la boca y abrir los ojos.

—¡Ya sé! ¡Ya sé! ¡Te buscaré un nombre! —dijo, mientras se llevaba una mano al mentón y me rodeaba, volando. ¿Me habrá imitado?

Comencé a reír. La situación parecía tan irreal.

—¡No te rías! ¡Estoy pensando!

—Perdón. Esto es todo tan raro. Por cierto. ¿Cuál es tu nombre, pequeña?

El hada sonrió. Su aura cambió a un color naranja.

—¡Soy Acacia! ¡Ese es mi nombre! ¡Acacia!

Comenzó a volar por todas partes, dejando un pequeño rastro de su aura naranja que se desvanecía rápidamente. La chica parecía feliz. De pronto, paró en seco y me miró fijamente. Se acercó a mi rostro.

—Ya sé. Pareces fuerte. Eres como un roble. ¡Eres Roble! ¡Roble!

—¿Ah?

—¡Tu nombre es Roble!

Volvió a volar por los alrededores, feliz de la vida. ¿Ahora resulta que voy a tener el nombre de un árbol?

—Oye, ¿pero ese nombre es común por aquí? —pregunté.

—¡Sí! ¡Es común! ¡Muy común! Por cierto. ¿Quieres venir a la aldea?

Asentí. No tenía ningún otro lugar al que ir, así que parecía una buena idea conocer esa aldea.

Ella volvió a revolotear de felicidad, después bajó hacia la roca, cogió la flor y me la extendió. Se la recibí y me la guardé en un bolsillo cosido del pantalón deshilachado. Sonrió.

—¡Sígueme! —dijo Acacia, con entusiasmo.

Mientras ella volaba, mantenía una velocidad baja para que yo la pudiese seguir. Era rápida. Si hubiese querido atraparla no lo habría conseguido jamás. ¿Parecía una especie de mosca en relación a la velocidad? Podría ser.

De repente, Acacia paró en seco frente a una roca parecida a la piedra divina.

—¿Puedes hablar? —preguntó Acacia. Ladeó la cabeza—. ¿Estás ahí? No seas tímida.

Le iba a explicar que la piedra que tengo en mi bolsillo es especial, pero después de verla tan ilusionada, preferí guardar silencio.

Caminamos por casi una hora a paso lento, recorriendo varias zonas del bosque.

De pronto, Acacia se detuvo y me miró.

—Necesitas esto para entrar —dijo.

Se llevó una mano a la falda y sacó un objeto bastante diminuto. Se acercó hacia mi frente y extendió la mano.

—¡Con esto podrás entrar! —dijo Acacia, con su particular carácter alegre.

Me tocó la frente y apartó la mano. Volvió a volar y se mantuvo en el aire, a una distancia de unos veinte centímetros de mi cara.

Casi al instante, la aldea se materializó en frente de mí. Estaba construida en base a hojas, ramas y madera. Pero algo me impactó. Era demasiado pequeña como para que yo pudiese entrar en alguna tienda o casa.

La civilización de estas pequeñas criaturas era impresionante. No solo había hadas, también estaban los Silfos. Mientras caminaba guiándome por Acacia, vi algunas hadas trabajando en conjunto con abejas. Estaban recolectando miel. Unos Silfos pasaron al lado nuestro cargando pequeñas herramientas y algunas ramas. Otros se dedicaban a recoger agua de las hojas en pequeños baldes.

Lo único grande y espacioso eran las calles. Las casas estaban construidas sobre algunos árboles, hechas con hojas y ramas.

Acacia se detuvo frente a una pequeña casa.

—¡Papá! ¿Estás ahí? —dijo Acacia.

¿Papá? La verdad es que me sorprendió. No sabía que las hadas tenían padres. Aunque no es de extrañar. En la tierra eran mitos, quizás creados por gente de mundos similares a éste.

De pronto, un Silfo bastante mayor, abrió unas persianas hechas de hojas y miró a Acacia.

—¡Acacia!

Se acercó a saludarla. Ambos revolotearon en el aire durante un rato, emitiendo una luz de color naranja, hasta que finalmente se dieron un abrazo.

Noté que el Silfo me miró unas cuantas veces, pero ignoró mi presencia la mayor parte del tiempo. Ella y su padre hablaron durante un buen rato. Guardé silencio. Tal vez era una mala idea venir aquí de improviso. De pronto, el padre de Acacia me miró.

—Veo que puedes notar nuestra presencia. ¿Quién eres, muchacho?
—preguntó el padre de Acacia.

¿Quién era? ¿Cómo le iba a responder si ni siquiera yo lo sabía?

—¡Perdió la memoria! —dijo Acacia, con su habitual entusiasmo—. Pero eso no es todo. ¡Tiene una piedra que habla!

—¿Una piedra que habla has dicho?

El padre de Acacia revoloteó a mi alrededor, a diferencia de su hija, parecía controlar mejor lo de emitir luz de distintos colores.

—¿Puedo ver la piedra? —preguntó.

Sin mucha reticencia, decidí mostrarle la piedra divina. El padre de Acacia abrió y ensanchó los ojos, con las mismas expresiones exageradas de su hija.

—Tú eres un portador. —Dijo, y me miró directamente a los ojos.

Capítulo 3

Capítulo III - El agua sagrada

Me senté en un pequeño tronco que encontramos cerca de la casa de Acacia. Ella se mantenía en el aire, aleteando con sus alas. Su padre se había sentado en la puerta de la casa construida dentro del tronco del árbol, la cual estaba cerca de mi cabeza en altura.

—Antes que nada, joven. Me presento. Soy Lirio el Grande.

—¡Se llama Roble! —exclamó Acacia. Antes de que pudiera decir algo.

El padre de Acacia se mostró sorprendido.

—Así que se llama Roble. Buen nombre.

Acacia sacó pecho y levantó el mentón.

—¡Se lo puse yo! —dijo, con su habitual tono de voz alegre.

Su padre le sonrió. De pronto y sin previo aviso, mi estómago rugió con fuerza.

—Veo que tienes hambre, joven. Veré que puedo hacer por ti. —Lirio se volteó para mirar hacia la casa—. ¡Geranio!

Otra criatura divina algo parecida a Acacia salió de allí. Era un Silfo.

—Padre, ¿me necesitas?

—Sí, tenemos un visitante humano. ¿Puedes ir a buscar un poco de comida?

Geranio me miró con la misma expresión que tuvo Acacia en el río, pero a diferencia de su hermana, mantuvo la compostura. Soltó un sonoro suspiro.

—Está bien. Iré.

Y la criatura salió de la casa. Saltó de la puerta y comenzó a volar. Al ver a Acacia se detuvo en el aire y mantuvo la altura.

—¿La encontraste? —preguntó Geranio.

—¡Sí! ¡La encontré! —respondió Acacia.

—Cerca del río, cerca de una roca ¿no?, ¿de qué color?

—¡Roja! —exclamó Acacia. Y levantó las manos.

—Mal —dijo Geranio, comenzó a reír y se cruzó de brazos—. La flor es de color azul.

—Ah... —Acacia dejó caer los hombros. Era impresionante como podían hacer eso mientras volaban—. ¿Encontraste la mía?

—Fácil, en la alacena. De color amarillo. No me des instrucciones fáciles. Bueno, me voy.

Acacia quedó en shock. Geranio se despidió de Lirio y ella, y se fue volando como una mosca. Estas criaturas eran rápidas.

Lirio lo observó hasta que Geranio se perdió detrás de unas casas. Luego, me miró con seriedad.

—Muchacho. Esa piedra que llevas ahí es una conexión con nuestra Diosa. ¿Comprendes la magnitud de lo que significa esto?

Acacia abrió y ensanchó los ojos al escuchar lo dicho por su padre.

—¿La piedra es una Diosa? —preguntó ella, inocentemente.

—No. La piedra es una conexión espiritual que nos permite comunicarnos con nuestra sagrada diosa.

Acacia comenzó a revolotear alrededor de la piedra, como si la estuviese analizando.

Bueno, tendría que hacer algunas correcciones a Lirio el Grande. Primero, la chica es una querubín y no una diosa. Y segundo, no la consideraría como algo de gran magnitud, ya que Ásari parecía ser una mujer arrogante pero al mismo tiempo, simplona. Sin embargo, supuse que ellos no habían tenido contacto directo con la aspirante a Diosa. Así que preferí seguir con los conceptos que ellos tenían de Ásari.

—Creo que sí. —Respondí. Traté de parecer serio.

—Bien, eso es bueno. Sé consciente de aquello, porque los portadores

están destinados a batallar para salvar el mundo.

Desvié la mirada al suelo, fruncí el ceño y junté mis manos, pensativo. Algo estaba mal con esa frase.

—Espera. ¿Qué dijiste? —pregunté.

—He dicho que me alegro de que seas consciente de la responsabilidad que conlleva el mantener una conexión directa con la Diosa.

—No no no. Me refiero a la parte de salvar al mundo. Es decir. ¿Salvar EL mundo?

Lirio el Grande asintió.

—Comprendo tus dudas, joven. Para mí resulta difícil de entender esta situación. El rey Demonio fue derrotado. Por esa razón, ya no están naciendo criaturas divinas en nuestra aldea ni en ninguna otra. Nosotros, cumplimos nuestra misión. Por eso me extraña que seas un portador. Solo deberías ser un humano común y corriente.

Guardé silencio. Era insólito caer en un nuevo mundo, encontrarse con estas criaturas divinas y que luego soltaran una tontería así. Me llevé una mano al mentón. Aunque, ese tipo de profecías eran comunes en los cuentos de fantasía y en las series. Al final, decidí dejarme llevar por las circunstancias. La aspirante a Diosa odiosa me dijo que disfrutara mi vida, y eso haré.

—Acabas de mencionar que el Rey Demonio fue derrotado. Eso quiere decir que ya no existen peligrosos seres en este mundo. ¿Verdad?

—pregunté, para despejar dudas. Si estaba vivo, probablemente esa cosa me mataría.

—No. Aún quedan los rezagados. Pero son ínfimos y no representan una verdadera amenaza para la humanidad.

De pronto, Lirio se puso de pie y saltó hacia a mí, se acercó aleteando. Cerró los ojos y extendió su mano en dirección a mi corazón. Los abrió al instante.

—Hay una fractura en tu corazón —dijo, totalmente serio.

—¡Espera! ¡¿Acaso me voy a morir?!

¿Una fractura? ¿Acaso la aspirante a diosa falló en su invocación? Tragué saliva, mi mundo fue destruido por negligencia y ahora había llegado a

otro pero fallado de fábrica.

—Calma. Tienes los ojos desorbitados —dijo Lirio el Grande, miró a Acacia—. Hija, busca algún pañuelo.

Acacia asintió y entró a la casa. Noté como la piedra divina comenzó a titilar con un color naranja tenue.

—Oye. ¿Por qué? ¿Qué tiene mi corazón? ¡¿Acaso me va a dar un infarto?!

—No. Solo me refería a que tienes un problema no resuelto en tu vida. ¿Qué te sucedió, muchacho?

Encogí los hombros. Ni yo lo sabía. La aspirante a diosa odiosa había eliminado mis recuerdos.

—No lo sé. No debería tener traumas.

En pleno vuelo, Lirio el Grande se sentó en posición de loto y se cruzó de brazos, pensativo. Era impresionante ver como la criatura divina se mantenía en la misma posición en el aire, casi sin moverse.

—Un portador con una fractura en su alma no podrá usar su fuerza en su totalidad.

—¿Su fuerza en su totalidad?

—Sí. La fuerza divina conlleva una unión entre criatura divina y humano. El gran héroe de todas las épocas llevó consigo a dos de nosotros. Y lograron detener al rey Demonio. —Noté que Lirio el Grande sonreía tímidamente—. El gran Héroe era una persona sencillamente amable. No ostentaba riquezas y se desvivía por los demás.

Me llevé una mano al mentón. Así que llegué a un mundo salvado por un héroe cliché de fantasía.

—Padre. Tú eras la criatura divina que lo acompañaba. —dijo Acacia. Ella estaba detrás de Lirio y sostenía un pañuelo un poco más grande que su mano, ósea, diminuto.

Si ese era el tamaño de los pañuelos en este lugar, no me quiero imaginar lo que tendría que hacer si llegara el momento de ir al baño.

Hasta que finalmente caí en cuenta de lo dicho por Acacia. Lirio había sido el compañero del héroe.

—¿Cómo fue la muerte del rey Demonio?

Lirio el Grande desvió la mirada.

—No lo recuerdo bien. La batalla final contra el rey Demonio fue descomunal. Pero solo puedo recordar antes de que el magno Héroe de las Épocas me expulsara de nuestra fusión. Desperté cuando todo había acabado. Él me miró, no dijo nada sobre la batalla. Cambió de alguna manera. Pero no lo culpo. La batalla debió dejar una cicatriz en él casi tan profunda como la que puedo ver en ti. —Lirio miró al suelo, cabizbajo.

Ambos guardamos silencio. Así que la batalla final debió ser tan dura que el héroe quedó con alguna clase de cicatriz emocional.

Acacia nos miraba extrañada, como si fuese algo no muy común.

De pronto, apareció el hermano de Acacia. Éste cargaba una cesta de casi el triple de su tamaño. La dejó caer cerca desde donde estaba yo.

—Ahí está. —dijo Geranio. Me miraba con desconfianza.

Comencé a hurgar en la canasta. Saqué una especie de pan. Estaba bastante duro y le había crecido algo de musgo negro por el costado. Me lo quedé mirando mientras sostenía el pan con la palma de la mano para que éste lo viera.

—¿Qué? —Preguntó Geranio—. Es lo único que pudimos encontrar. Pocos humanos nos ven y el último vino hace medio año.

Lirio el grande miró a Geranio.

—¿Estás seguro que no hay nadie más en la aldea que haya comerciado con un humano durante estos días? —preguntó.

Geranio cerró los ojos y movió la cabeza de lado a lado, de pronto, los abrió de golpe.

—Recuerdo que Clavel estuvo diciendo hace unos días atrás que tuvo una negociación exitosa con un humano. Al parecer logró hacer conexión, ya que el comerciante la pudo ver. Iré a preguntarle.

—Buena idea. Ve a buscar a Clavel y pregúntale si tiene alimento para humanos.

—Eso haré —dijo Geranio—. ¡Hermanita! ¡Vamos!

El hermano de Acacia se alejó del lugar. Acacia le pidió que lo esperara e

inició el vuelo, aleteando con gran rapidez.

Ambos quedamos en silencio. Ya estaba anocheciendo y comenzaba a hacer frío. Por la lejanía, pude notar como Acacia se alejaba y de pronto, Geranio la agarraba de una mano y la arrastraba hacia otro lugar. Supuse que esas cosas voladoras estarían jugando o algo así, mientras yo aquí me moría de hambre y sed.

Recordé lo que dijo Lirio hace unos instantes atrás. Ellos se estaban quedando cortos de personal, ya que después de la muerte del Rey Demonio, dejaron de nacer nuevas criaturas divinas.

—Así que esos dos son tus hijos —dije. Entrecerré los ojos, lo miré maliciosamente y sonreí—. No sabía que las criaturas divinas se entretenían haciendo bebes. Se la debieron pasar en grande hasta que la diosa les cortó el grifo.

Lirio el Grande ladeó la cabeza imitando a Acacia y luego, abrió los ojos, como si se hubiese percatado de mi broma. Soltó varias carcajadas.

—Ay, eres gracioso, humano. Hace mucho tiempo que no escuchaba algo así. Estás en lo correcto y equivocado al mismo tiempo. Nuestro método de reproducción es distinto al vuestro. Nosotros nacemos del gran Sabio —dijo Lirio y señaló un árbol exageradamente alto que estaba a mitad de la aldea. De algún modo, parecía más verde y colorido que el resto del bosque—. Nuestras aldeas divinas están creadas gracias a ellos. Cada criatura divina nace de la corteza del gran sabio.

Lirio se quedó pasmado mirando al árbol gigante de la aldea. Las hojas se movían con el viento. Parecía que estábamos entrando al otoño o en primavera. Tendría que preguntarles. Si quería sobrevivir, necesitaría un refugio y rápido.

Al final, Lirio dijo que estaba un poco fatigado y entró a la casa. Era impresionante, pero creo que si metía la mano y extendía mi brazo, podría sacarlo de ahí con facilidad. Me causaba gracia que el apodo de la criatura divina fuese "El Grande", siendo tan diminuto.

De pronto, llegaron Acacia, Geranio y otra criatura divina que deduje, podía ser Clavel. Traían una fuente con comida preparada y aliñada. El olor causó que mis tripas gruñeran con rabia.

Tragué saliva. Se me hacía agua a la boca.

—¡Es un humano! —dijo Clavel.

—Se llama Roble —explicó Acacia.

—¡Roble! ¿Puede vernos?

—¡Sí! ¡Sí puede! ¡Y además tiene una piedra que conecta a la Diosa y habla!

—¡Una piedra que habla! —exclamó Clavel.

—No. La piedra no habla. La Diosa habla. —dijo Acacia.

Encogí los hombros y le mostré la piedra divina. Supongo que es lo correcto, ya que es la Diosa a la que adoran. Así que tendría que esperar un poco más antes de probar la comida.

Esas dos comenzaron a revolotear alrededor de mi mano. El color de ambas hadas cambiaba de naranja a amarillo mientras agitaban sus alas y se movían alrededor de la piedra.

—Hola. ¿Estás ahí? —preguntó Clavel.

No hubo respuesta. No sé si porque Ásari tuviera algún problema de conexión entre el mundo de ella y éste mundo, o solo no quería conversar con la criatura divina.

—Qué raro. La otra vez habló —dijo Acacia.

—A veces habla, y otras veces no. —dije—. Es una piedra bastante tímida y testaruda.

—¿Pero no era la diosa la que habla? —preguntó Clavel.

—¡Sí! ¿No era la diosa?

—Puede ser, aunque la verdad no veo mucha diferencia entre esta piedra y la diosa.

Las criaturas divinas ladearon su cabeza y me quedaron mirando extrañadas. Por mi parte, esperé a que Ásari se pronunciara en algún momento, pero no fue el caso.

—¡Oye! —gritó Geranio—. ¡¿No me van a ayudar a alimentar a ese humano de ahí?! Tengo el plato colgando de mí y creo que me voy a caer.

En efecto. El bicho volador tenía un plato de madera amarrado con unas tiras de hojas que le permitían transportarlo como si fuese un globo aerostático. Parecía que en cualquier momento caería al suelo con plato y

todo.

Las hadas volaron a gran velocidad y ayudaron a geranio. Entre esas dos, se acercaron a mí. Me dieron el plato y lo sostuve en mis manos. Ellas desenredaron a Geranio, liberándolo de las tiras de hojas.

Ya liberado, Geranio agitó las alas y quedó suspendido en el aire mientras me miraba con desconfianza a cierta distancia.

Clavel se acercó a mí.

—¡Es comida para humanos! Comercié con uno ayer. ¡El me entendía y podía verme! Le di un poco de agua sagrada y algunas hierbas. El me dio comida de humano. —la hada señaló el plato de comida—. También me dio especias. Dijo que mejorarían el sabor de la comida.

Clavel asintió la cabeza con orgullo, mientras Acacia la aplaudía. Miré el plato de comida. Eran ensaladas verdes, algo parecido a cebolla cortado en anillos y condimentos. Muchos condimentos.

Iba a quitar algunos condimentos, pero vi el rostro de Clavel y Acacia. Parecían emocionadas porque el humano de turno iba a comer algo preparado por ellas. Cerré los ojos, agarré algunas hojas de la ensalada con la mano derecha y me la llevé a la boca, esperando algún gusto muy amargo, ácido o azucarado.

Abrí los ojos de golpe. ¡Estaba delicioso! No tenía ese gusto amargo que tienen las ensaladas. Era un gusto consistente, como si estuviese comiendo verduras cocinadas al vapor. Y los condimentos le daban una chispa de sabor parecido a un sabroso jugo de carne.

—¡Roble se lo comió! —gritó Acacia.

—¡El humano comió comida de humano! —añadió Clavel con entusiasmo.

Comida de humano. No sé si estas hadas pensaban que yo era alguna clase de animal del bosque o algo así. Sentía que en cualquier momento Acacia le preguntaría a Lirio si podría quedarse conmigo.

De pronto, mi estómago comenzó a rugir. Me sentía satisfecho, pero algo andaba mal. Me abracé el estómago con ambos brazos. Tragué saliva y miré a Clavel.

—Una preguntita. ¿Me podrías decir el nombre de las especias?

—¡Claro! ¡Pimienta, comino, orégano y laxante!

Hubo un incómodo silencio de mi parte. Clavel y Acacia me miraban con una sonrisa ingenua.

—¿Laxante?! —solté de repente.

Las hadas dieron un paso atrás, o más bien un vuelo atrás y me miraron sorprendidas.

—¿No te gusta la especia, Roble? —preguntó Clavel.

—¿Está malo? —dijo Acacia.

De un salto, me puse de pie y comencé a correr en dirección a la aldea.

Simplemente esquivaba hadas y silfos por igual. Apreté dientes, puños, estómago y algo más, mientras corría buscando un baño.

Me detuve un instante y de pronto lo vi. Una especie de habitación frente a un gran tronco de árbol. Sí, no lo dudé ni un instante. Supliqué pensando en mi mente que fuera un baño, uno construido por las criaturas divinas para los humanos.

Intenté correr, pero si movía mucho las piernas no podría contener aquello que me estaba atormentando. ¡Malditas criaturas divinas! Con las piernas dobladas, caminé a paso lento hacia el baño.

Estaba tapado por algunas cortinas hechas en base a hojas y ramas. Las aparte con cuidado y volví a cerrarlo. No me había dado cuenta por mi desesperación, pero al entrar, noté que algunas ramas iluminaban el lugar y así, me permitieron ver un retrete. Suspiré de alivio. Sin embargo, había algo al medio que molestaba bastante. Con un poco de fuerza, logré apartarlo.

Me bajé los pantalones y me senté en el trono de madera. Dejé de apretar y lo solté todo. Con un suspiro de alivio, mi cuerpo y mente descansaron de una vez por todas.

Algo que había pasado por alto y que ahora traería consecuencias. Jamás lo pensé, pero las comodidades de mi antiguo mundo eran un lujo al alcance de todos. Y ahora, yo aquí, en un retrete de madera iluminado por un extraño árbol y sin papel higiénico.

De pronto, las cortinas se abrieron. Rápidamente me cubrí mis partes con las manos.

—¡Oye! ¡Esto es una invasión a mi privacidad! ¡Si quieren ocupar el baño

entonces esperen su turno, pequeños depravados con alas!

Escuché un sonoro "oh" de parte de varias criaturas divinas congregadas. Pero no sonó como un simple "oh". Sonó como si fuese un "oh" de desesperación. Sus caras se veían casi como si hubiesen ido a un funeral después de la muerte de un ser querido.

Tragué saliva. Cómo que algo hizo click en mi cabeza. ¿Por qué tendrían un retrete de madera con una cosa al medio? Lo había apartado pero por suerte, las ramas no se rompieron.

Mientras me cubría mi cosa con la mano izquierda, con la derecha palpé las ramas. Había un hilo. Lo tiré hacia arriba y con solo notar un pequeño peso en él, me di cuenta de algo muy obvio.

—¿Esto es un pozo de agua? —pregunté con timidez.

—No —contestó una criatura divina, con un hilillo de voz—. Es el pozo en el que extraemos el agua sagrada del gran Sabio, y desde donde convergen las almas hacia el otro mundo.

Volví a tragar saliva. Con lentitud miré al tronco. Era el mismo árbol que había señalado Lirio el Grande y que miraba con tanta admiración.

Avergonzado, incliné la cabeza y miré al suelo mientras seguía cubriéndome mi cosa. Solo me limité a hacer una única pregunta.

—¿Alguien tiene un poco de papel higiénico?

Capítulo 4

Capítulo IV - La capital

Desperté después de una fría y horrenda noche en la aldea de la hoja. Dormí apoyado en la casa de Lirio y Acacia, ellos me prestaron una especie de manta ligera que dejaba pasar el gélido viento durante la madrugada. Esa cosa no cubría absolutamente nada. Si no fuese por un par de ramas llenas de hojas que cayeron encima de mí, habría muerto de hipotermia.

Sí. Anoche fui atacado por una horda de bichos voladores desquiciados autodenominados por ellos mismos como criaturas divinas.

Fue un ataque sin misericordia. Mientras yo estaba indefenso en el trono de madera, me mordieron, me golpearon con sus pequeñas patas y casi me dejan calvo sacándome varios mechones de pelo.

—Disfruta tu nueva vida —dije con voz burlona, imitando el acento de Ásari mientras miraba la piedra divina con el ceño fruncido. Ni rastro de la aspirante a Diosa odiosa.

Fue Lirio, Acacia y Clavel los que me rescataron del linchamiento masivo. Geranio solo se partía el culo de la risa en la lejanía mientras me apuntaba con el dedo.

Al final, lograron calmar las aguas aunque pude notar la mirada de decepción de Lirio. Pero no me pueden culpar. Fueron ellos los que crearon un pozo con el tamaño y forma de un retrete de madera, además de una pequeña habitación parecida a un baño rustico en una zona supuestamente sagrada.

Sin embargo, Lirio me explicó la importancia de ese pozo. Es similar a un rio que conecta este mundo con la divinidad, transportando las almas de los que han fallecido. A ese cubículo de madera parecido a un retrete le llaman, el Santuario de las Almas.

Cerré los ojos y junté las manos como si fuera a orar. A los desdichados que partieron al otro mundo justo en ese momento. Lo siento mucho. De verdad. Lo siento mucho. Nada de lo que haga podrá cambiar esa horrenda forma de abandonar este mundo. Prometo ir a cualquier Iglesia para disculparme y pagar con alguna clase de penitencia.

Pero no todo era tan malo en esta vida. Lirio me aseguró que ellos podrían limpiarlo y tardarían un par de semanas. Así que solo me concentraría en

seguir vivo por ahora.

Por lo tanto acordamos que iría a la capital del reino. Esta ciudad quedaba cerca de la aldea y así, podría abastecerme de alimentos y ropa. Acacia quedó de acuerdo en que me acompañaría por pedido de Lirio.

Pequeños rayos de sol comenzaron a aparecer desde el horizonte, a pesar de la nubosidad. Me levanté y estiré el cuerpo. Había dormido mal, muy mal. Adolorido y cansado, caminé en zigzag hasta un pequeño río cercano a la aldea. Me mojé la cara y bebí un poco de agua. Pensé en hervirla, ¿pero cómo? ¿Con qué? No tenía ollas para hacer algo así.

Suspiré frustrado. Traté de sonreír aunque solo podía alternar entre la comisura del labio izquierdo y a veces la del lado derecho. Al mal tiempo buena cara, ¿verdad? Sin embargo, mientras más agua bebía, más pensaba en la posibilidad de morir debido a alguna clase de infección.

—¡Hola Roble! —exclamó Acacia con entusiasmo.

Era impresionante como esa criatura seguía feliz de la vida a pesar de lo sucedido.

—Hola. —saludé escuetamente.

De pronto, Acacia me miró con cara asustada, como si hubiese visto algo horrible.

—¿Qué es eso debajo de tus ojos?!

—¿Debajo de mis ojos?

Me llevé la mano derecha a mi rostro y palpé la piel.

—Ah. Me salieron bolsas en los ojos.

—¿Bolsas en los ojos?

—Sí. A veces pasa cuando uno duerme mal. Se les llaman ojeras.

Acacia abrió los ojos y la boca al mismo tiempo. Luego, alzó el vuelo y revoloteó alrededor de mi cara.

—¡Ojeras! ¡Bolsas en los ojos!

Cerré los ojos y mi cabeza comenzó a tambalear de arriba abajo. Solo el frío mañanero impedía que me durmiera en ese lugar.

—¿Roble?

Los abrí y le dije que fuéramos a la capital. Acacia asintió con una sonrisa.

Mientras caminábamos por la aldea. Me di cuenta de que las criaturas divinas me miraban con desprecio. Al pasar, comenzaron a escupir en el suelo. Agaché la cabeza y me hice el tonto, pero dios, como dolía.

Estábamos llegando a la salida del pueblo, y de pronto, se puso de frente Clavel, deteniéndonos. La criatura sostenía un saco hecho de tela bastante rugoso y rustico.

—¡Acacia! ¡Roble! Lirio el Grande me pidió que les entregara algo para que puedan llevar las compras.

—¿Ese es el saco donde venían los productos que te dio el comerciante?
—le pregunté a Clavel.

—¡Sí! —respondió ella, con entusiasmo.

Lo supuse. El saco era bastante rustico y pobre. Clavel me lo cedió y comencé a analizarlo. Las tiras estaban bien hechas, las agarré con ambas manos y les di un par de tirones ligeros, resistirían bien.

—Creo que servirá.

—¡Sí! —dijo Clavel.

—¡Sí! —repitió Acacia, al unísono.

Ambas levantaron las manos al mismo tiempo como si fueran alguna clase de porristas profesionales.

En la salida de la aldea. Clavel se despidió de nosotros mientras salíamos del pueblo. Ambas parecían que se estaban preparando para un adiós definitivo ya que las despedidas fueron exageradas.

Y finalmente nos fuimos de la aldea. Según Lirio, la Capital quedaba entre tres a cinco horas de camino. Iba a ser duro. No tenía una botella para guardar agua y no llevábamos alimentos, por lo tanto, lo único que podíamos hacer era llegar a la capital como sea sin desfallecer en el camino.

□□□

Ya habían pasado más de treinta minutos. Al principio, Acacia iba feliz de la vida revoloteando como una mosca. Por cada cosa curiosa que veía, se paraba y comenzaba a rodearla. Y ahora, parecía que esta criatura había agotado toda su energía, estaba volando bajo y cabizbaja.

—Si te sientes cansada, puedes ir sobre mis hombros. No será un paseo muy cómodo pero al menos podrás descansar.

—¿En serio?!

—Adelante.

Acacia exclamó un sonoro “yay”. Voló hacia mi hombro derecho y se acomodó al lado de mi cabeza. Por cada paso que daba, la criatura daba un salto. Me costaba mantener un ritmo rápido sin que esto sucediese, pero a la chica no parecía importarle demasiado, ya que iba feliz de la vida mirando el paisaje con una sonrisa en el rostro.

—¡Ah! —soltó Acacia, de pronto.

—¿Eh? ¿Qué ah? —pregunté desconcertado.

—¡Ahí ahí! —dijo de repente, mirando hacia abajo. Le eché un vistazo al suelo pero no había nada.

La miré extrañado. Ella volvió a decir ahí, esta vez señaló con el dedo. Apuntaba casi a la altura de mi bota de cuero.

—¡No eso! ¡Ahí!

Seguí el recorrido del dedo hasta que noté algo en mi pectoral cerca del corazón. ¿Eso estaba señalando? ¿Podría ser eso?

Acacia se deslizó por mi hombro y cayó hacia lo que era una especie de bolsillo. ¿Cómo era posible que una camisa tan rupestre y pobre tuviera un bolsillo? Y parecía ajustado al cuerpo de Acacia. La criatura podría esconderse y pasar desapercibida.

—¡Así sí! ¡Así sí! —exclamó la criatura divina.

Quizás la elección de ropa por parte de Ásari tuvo en cuenta esa posibilidad.

Y así fue como caminamos por más de tres horas. ¿O fueron más? Perdí el sentido horario del día, debido a la caminata eterna. El dolor en mis piernas, la deshidratación y el sol encima de mí debido a una planicie sin arboles me habían destruido por completo.

Finalmente, casi al medio día, llegamos a una ciudad amurallada. Me quedé sorprendido, pensaba que la construcción sería algo espectacular, con lujo de detalles, al mejor estilo del arte barroco. Pero no. Las murallas estaban llenas de musgos, y eran piedras amontonadas encima de barro o de algún material similar.

Había una pequeña aglomeración de gente, algunos salían de la ciudad cargando grandes carretas de mercadería y otros entraban, algunos sin nada, otros cargados de cosas. Los guardias llevaban armaduras, ¿quizás de acero o hierro? No sabría distinguirlo, lo que sí veía claro es que llevaban espada y escudo. Mejor no meterse con ellos.

Sin embargo, noté que había caballos en este mundo medieval. De pronto, una idea se instaló en mi cabeza. Si existían las hadas y los silfos, ¿podrían existir las elfas? ¿Las chicas gato u otras razas similares? No pude evitar una sonrisa.

No. Moví la cabeza de lado a lado. Primero tenía que establecerme en algún lugar y después podría explorar este nuevo mundo. Lo importante era encontrar cobijo y provisiones.

De pronto vi a un guardia bastante joven. Quizás podría hablar con él y así saber los requisitos para entrar a la ciudad.

—Hola. —le dije.

El guardia asintió, aunque pude notar en su mirada algo de desconfianza. Creo que continuar con el guion de la pérdida de memoria será lo mejor.

—La verdad es que estoy un poco perdido. Hace poco me robaron todo y me golpearon en la cabeza. Cuando estaba deambulando por un camino que me encontré, un mercader me dijo que por acá se llegaba a la ciudad, así que me preguntaba si podría pasar para buscar a alguien que me conozca.

—¿Ah? —dijo el guardia, desconcertado. Se llevó una mano al mentón y comenzó a mirarme con detenimiento.

—Tu rostro se me hace un poco conocido —prosiguió el guardia—. Quizás te haya visto antes, pero veo muchas caras al día y no las reconozco a todas. Mira. Haremos lo siguiente.

El guardia sacó una pequeña y ligera tabla de madera. Y además, me acercó una tinta negra.

—¿Qué es eso, Roble? —preguntó Acacia dentro del bolsillo, asomando la cabeza.

No le contesté, y noté como una parte de mi le gritaba que escondiera la cabeza dentro del bolsillo. Quería evitar todos los problemas posibles.

—Bien. Ahora moja un poco tu dedo índice con la tinta y luego estámpala en el tablón de firmas.

Vaya. Parecía como si estuviese haciendo algún contrato con un banco usurero. Seguí las instrucciones y mi huella quedó registrada en esa pequeña tabla de madera.

—¿Cuál es tu nombre?

—¿Mi nombre? —pregunté.

Acacia sacó la cabeza del bolsillo.

—¡Roble! ¡Se llama Roble! —exclamó mientras levantaba los brazos una y otra vez.

Con rapidez, le hundí la cabeza en el bolsillo con un dedo. Acacia lanzó un “quieeee” que sonó bastante raro. Por suerte, la criatura se calmó después de algunos segundos.

—La verdad es que perdí la memoria, e incluso se me olvidó mi nombre —dije, y solté una risa, aunque parecí más nervioso de lo normal.

—Ya veo. Pero no puedo dejarte pasar sin un nombre.

—¡Roble! —insistió Acacia.

Suspiré con lentitud. La criatura no me iba a dejar en paz hasta que aceptara su nombre como propio. Está bien. Lo haré.

—Mi nombre es Roble, creo.

El guardia desvió la mirada y contuvo una carcajada. ¿Acaso era un nombre estúpido? Me quedé helado. Solo pude mirar fijamente a Acacia.

—¡Roble! ¡Roble! ¡Roble! —insistió la criatura divina mientras extendía los brazos hacia arriba una y otra vez.

De pronto, Acacia comenzó a volar. Antes de que alcanzara a salir por completo, la atajé en el aire y la metí en el bolsillo. La escuché refunfuñar después de eso.

El guardia me quedó mirando. Ambos quedamos en silencio durante algunos segundos.

—Hombre, puede que esos ladrones te hayan dejado con algún daño mental. Primero con tu apodo bastante raro y segundo, agarrar a manotazos el aire no es para nada común en esta ciudad. Te puedo recomendar a un médico. Es impresionante, dice que todos los males del ser humano pasan primero por la sangre, así que tiene un novedoso tratamiento en base a sanguijuelas.

El guardia era una persona amable, pero de algún modo lo sentí como una ofensa. Además, ¿recomendarme un tratamiento en base a sanguijuelas? ¿Qué es esto? ¿La edad media? Cerré los ojos. Sí, éste mundo estaba pasando por esa etapa.

—G-Gracias. Lo tendré en cuenta.

—Ah. Por cierto, ¿Cuánto dinero traes contigo en este momento?

—preguntó el guardia, mientras lanzaba la tabla de madera encima de una pila de ellas.

Busqué en los bolsillos. No había nada. Solo la mísera piedra “divina” que me dio Ásari el diminuto medallón de Acacia y la flor que me regaló la primera vez que nos conocimos.

—La verdad es que me robaron casi todo lo que traía conmigo. Tuve suerte de que al menos me dejaran conservar la ropa.

El guardia me miró con un rostro que decía por todo lo alto “que lamentable sujeto”. Eso me estaba sacando de quicio, pero tenía que aguantar. Sería estúpido causar cualquier tipo de problemas.

—Los extranjeros que llegan a la ciudad sin un peso o con una moneda nueva, tienen que llevar una banda especial en el brazo.

El guardia se acercó a la pila de tablas amontonadas y sacó una especie de pañoleta blanca con un sol negro grabada en ella y lo enrolló en mi brazo derecho. ¿Qué era esto? ¿Alguna clase de distintivo tipo gueto?

—¿Por qué el brazalete? —pregunté con una sonrisa incomoda.

—Es para los extranjeros que no llevan dinero. Algunas veces pasan los sacerdotes de la Sagrada Iglesia ofreciendo limosnas. Bien. Ya puedes

pasar.

Asentí. Al final pude ingresar a la ciudad sin mayores problemas. El guardia me dio las indicaciones del lugar donde ejercía el supuesto sanador, y le di las gracias por una recomendación que, obviamente, no tomaré.

Junto con Acacia, comenzamos a recorrer la ciudad. Tienda que veía, tienda que cerraba o me lanzaba insultos para que me fuese de ahí. Personas que pasaban, personas que me esquivaban o me miraban feo. Me sentí excluido.

De repente, me di cuenta de un detalle crucial. Detuve la marcha y miré a Acacia.

—¿Pasa algo, Roble?

—No tenemos dinero... —dije, temblando.

—¿Y? ¡Podemos conseguir dinero! Esta es la ciudad de los humanos, ¿no?
—dijo con su típica ingenuidad.

Conseguir dinero. ¿Qué formas legítimas había para lograrlo? Robar no era una opción, estafar tampoco. No tenía nada que vender o algo con qué hacer algún truco. A menos qué...

—¿Por qué me estás mirando así, Roble? —preguntó Acacia, mientras ladeaba la cabeza.

Suspiré, era una pésima idea. Tendría que encontrar otra forma de ganar dinero rápido. Además, la aspirante a diosa odiosa me mataría.

De pronto, vi a un vagabundo apoyado en la muralla de un edificio. Barbón, con una nariz redonda y grande, cejas prominentes y con un cabello chascón, bastante desprolijo quizás por no haberlo lavado durante mucho tiempo. Me miraba fijamente. Tragué saliva, quizás iba a intentar atracarme pero, ¿qué podría robarle a un simple extranjero sin nada encima? Me di la vuelta y me hice el tonto, mostrándole disimuladamente el brazalete en el brazo.

—¡Roble! ¡Roble! ¿Qué están haciendo? —dijo Acacia y señaló con el dedo hacia una pequeña plaza.

Ella se había escapado del bolsillo y ahora se dirigía hacia una pareja de enamorados.

Reprimí un grito de terror. Me acerqué sigilosamente hacia la pareja, a una distancia prudente, y comencé a hacerle señas al bicho volador para

que volviera a su lugar en mi bolsillo.

Parecía ser una pareja de tortolos enamorados, ambos estaban acaramelados, muy juntos, y eso me sacaba de quicio. De pronto, Acacia comenzó a volar en frente de ellos.

Y ambos se besaron. Bueno, más bien besaron a Acacia. La criatura se metió en medio de esa pareja. Terminado el beso, Acacia se acercó hacia a mí, volando lentamente y en zigzag.

—Pensé que me iban a comer. El mundo humano es aterrador, muy aterrador —dijo Acacia, tiritando.

—Recuerdo que tu padre dijo que a ustedes no los pueden ver. Pero hay personas que sí pueden. Así que no te alejes de mí. Es muy peligroso. Tal vez aquí exista alguna clase de mercado negro donde secuestren y vendan a criaturas como tú. —Mentí, en realidad no lo sabía con exactitud pero era lo más probable.

Acacia quedó paralizada después de mis palabras. Siguió agitando las alas y manteniéndose en el aire a la misma altura.

De pronto, una persona pasó corriendo al frente de mí. Y Acacia desapareció de mi vista.

—¿Acacia? —pregunté con un hilillo de voz.

¿En serio acababa de pasar esto? ¿La raptaron? Miré al sujeto que pasó corriendo. No parecía llevar nada y de un momento a otro se detuvo a conversar con el dueño de una tienda. Tragué saliva. Segundo día y ya había roto mi promesa de cuidar a esa criatura.

—¡Roble! —gritó Acacia, comenzó a llorar.

Gracias a los lloriqueos de la criatura divina, pude encontrarla. Cayó en un charco de lodo. Me acerqué y por suerte, solo olía a barro. Pero por si acaso, me apreté la nariz con la mano izquierda.

—¿Estás bien? —pregunté, con voz nasal.

La criatura seguía sollozando. Estaba cubierta de lodo. Cuando Acacia se puso de pie, sentía que en cualquier momento aparecería un mensaje en estilo de “un pokémon salvaje ha aparecido”.

—¿Esto es lodo? ¡¿Esto es lodo?! —preguntó Acacia, inquieta.

—Sí, es solo lodo —dije, para tranquilizarla.

De pronto, a unas pocas casas de distancia, se abrió una ventana de golpe.

—¡Agua va! —dijo una señora sosteniendo una cubeta y arrojó el contenido a la calle. Sí, era "agua café".

Oh dios no. Si esta ciudad era tan medieval como para no poseer cañerías, eso significaría que... mejor ni imaginarlo.

La criatura salió del fango. Iba dejando un charco de "lodo" mientras se arrastraba. De pronto, el vagabundo de la mirada dura estaba a mi lado, sosteniendo un cuenco lleno de agua.

—Anoche llovió, este charco es lodo —dijo.

El vagabundo dejó el cuenco cerca de Acacia. Me puse en cuclillas y guíe a la criatura por medio de chasquidos con los dedos hasta que se metió adentro y comenzó a bañarse. Era algo impresionante de observar, similar a ver un pajarito bañándose en una fuente.

—Te recomiendo esconder a esa criatura dentro de ti, antes de que el ejército o los soldados se den cuenta —dijo el vagabundo.

Capítulo 5

Capítulo V - El vagabundo

Hasta el momento, nadie se había percatado de la presencia de Acacia. El vagabundo se mantenía a mi lado, y noté como algunos bichos, que supuse eran liendres, saltaban a mi brazo. Otro problema más para agregar a la lista.

Acacia se bañó por completo, y al salir del cuenco, el vagabundo cambió el agua y le ofreció un segundo baño. La criatura, con su habitual sonrisa, le agradeció y enseguida, se metió adentro.

Mientras ella se bañaba, decidí preguntarle al vagabundo lo que estaba pasando.

—¿Por qué tengo que esconderla? ¿Está prohibido que las criaturas viajen a la ciudad? —pregunté.

El vagabundo guardó silencio durante varios segundos, mientras me observaba como si me estuviese evaluando. Bajó la mirada a mi brazo y vio el brazalete.

—No tengo conocimientos sobre las intenciones del Gran Héroe. Solo sé que hay mucho movimiento dentro de los cuarteles y algunos rumores inundan las calles. Y todo parece estar relacionado a las criaturas divinas.

Fruncí el ceño.

—¿Rumores?

El vagabundo se rascó la barba. Noté que sus manos estaban secas, resquebrajadas quizás por un abundante trabajo hecho en el arado o en plantaciones.

—Algunos rumores señalan que están buscando el asentamiento de las criaturas divinas. No sé sabe las razones, aunque las intuyo. Puede que capturen a la tuya si no tienes cuidado, forastero.

—¿Qué quieren hacer con ellas?

El vagabundo cerró los ojos, luego se rascó el cabello. Noté que el sujeto estaba cansado, más que una mirada dura, parecía fatiga.

—Existen muchos rumores respecto a las razones que llevaron al reino a capturar a las criaturas divinas. Pero nadie lo sabe con certeza. Siento no ser de mucha ayuda, forastero. Solo puedo darte ese consejo, esconde a esa criatura dentro de ti, y disminuye su aura divina.

—¿Esconderla dentro de mí? ¿Disminuir su aura divina? ¿De qué cojones me estás hablando?

El vagabundo alzó una ceja y guardó silencio durante algunos segundos.

—Ya veo. No eres un portador —dijo el vagabundo. Se llevó una mano al pantalón desgastado y sacó una especie de cadena de plata, similar a la que me había dado acacia. Era diminuta y fácilmente se podría perder en el bolsillo. La sostuvo en la palma de la mano y me la ofreció—. Con este artefacto, podrás esconder el aura divina de tu pequeña acompañante.

Me llevé la mano al bolsillo y busque la cadena que me había dado Acacia. Por un momento pensé que se habría caído, pero aún estaba en mi bolsillo. La saqué y se la mostré.

—¿Esta cosa cumplirá la misma función?

El vagabundo asintió.

—Veo que tenías una. Pídele a tu criatura que lleve puesta ese colgante. Así, pasará desapercibida por los creyentes. Pero sigan siendo precavidos, ya que los portadores avanzados podrán notar su presencia.

Acacia comenzó a agitarse como un perro después de bañarse, mojándome un poco en el proceso.

—Oye, Acacia. ¿Recuerdas la cadena que me diste para entrar a la aldea? Póntela —le dije, y le extendí la cadena.

Acacia ladeó la cabeza y me miró extrañada.

—¿Por qué?

Dios mío. A pesar de que su apariencia actual es la de una adulta, se me olvida que tiene la edad mental de una niña.

—¿Recuerdas lo que conversamos? Puede que exista algún mercado negro de criaturas divinas. Ponte la cadena y eso evitará que te vean.

Acacia quedó helada al escuchar eso. Después, miró el lodo y volvió a mirar la cadena. La agarró con ambas manos y se la puso en el cuello.

—El mundo humano es aterrador. Aterradoramente aterrador —dijo Acacia, temblando.

Sus alas aún no se habían secado bien y le costaba volar, así que decidí ayudarla. Utilicé la palma de mi mano como soporte y la llevé a mi bolsillo. Noté que aún tiritaba. ¿Sería de frío o de miedo?

Acacia asomó la cabeza y miró al vagabundo. Era impresionante como la criatura parecía nunca perder esa sonrisa ingenua.

El vagabundo, al ver a Acacia, comenzó a reír, aunque con rapidez detuvo su risa. Casi al instante, se retiró caminando hacia la muralla, se apoyó en ella y se tumbó en el piso.

Ayudó a Acacia con un baño improvisado, me advirtió que cuidara a la criatura ya que en el reino las capturaban y no me discriminó por llevar esta pañoleta de porquería. Además, había algo raro. Su forma de hablar no era tosca o vulgar. Salvo por los piojos.

Me acerqué al vagabundo.

—No tengo un nombre como tal, es solo un apodo y por la expresión del guardia, es algo ridículo. Pero si no es mucha la molestia, puedes llamarme Roble.

Acacia me lanzó una mirada enfadada.

—Comprendo. —dijo el vagabundo—. Las criaturas divinas nos ponen nombres ligados a la naturaleza. Por mi parte. Puedes llamarme Falstoff

Estiré la mano. El vagabundo dudó, pero después de unos segundos, aceptó y me tendió la suya. Ambos nos estrechamos las manos.

Casi al instante, escuchamos un grito, seguido de varias llamadas de auxilio. Vi a una mujer en el suelo, ésta llevaba un vestido extravagante, y a otro sujeto con un ropaje común, corriendo en dirección a nosotros.

Al pasar a nuestro lado, me hice el tonto y me aparté. No quería problemas. Falstoff me miró, como si me estuviese evaluando.

Unos guardias iban pasando por la calle justo en dirección hacia el ladrón. Los gritos de la mujer los pusieron en alerta y desenvainaron las espadas.

—¡Detente! ¡Ladrón! —gritó uno de los guardias.

El ladrón antepuso su pierna derecha y pegó un frenazo, deteniendo la

marcha, luego viró a la izquierda y se metió dentro de un callejón.

Se escuchó un grito agónico que retumbó en todo el callejón. Corrí hasta acercarme a una distancia prudente. No se veía nada ya que la estrechez del callejón impedía que la luz llegara a esa zona. Los soldados caminaban como si supiesen lo que había pasado en ese lugar.

—¿Qué pasó? —preguntó Acacia—. ¿Quién está gritando?

—Solo están jugando, y esa persona perdió —dije—. Está gritando porque es mal perdedor. Y ahora nosotros vamos a jugar también.

—¿Eh?

Con dos dedos, le tapé los oídos y la hundi en el bolsillo para que no pudiese mirar. La criatura se resistía y con sus diminutas manos trataba de zafarse de mi agarre a dos dedos, pero no pudo hacer mucho.

Me preocupaba que Acacia perdiera su inocencia de una forma tan cruel.

Los gritos agónicos del ladrón no se detenían, pedía disculpas, suplicaba por su vida. Hasta que finalmente vi la figura de un hombre vestido con una armadura plateada, las zonas que no estaban protegidas eran cubiertas por una malla negra.

El ladrón había sido apuñalado y seguía incrustado por el filo de una espada larga, cerca de la zona de los riñones. Siguió suplicando clemencia, llorando y mostrándole al caballero el objeto que había robado, unas joyas de oro.

—Cállate, basura. —dijo el caballero de la armadura plateada.

Él siguió caminando hacia adelante. El ladrón, con la espada aún atravesada en su abdomen, le seguía el ritmo y mientras retrocedía, se notaba el terror en su rostro.

De pronto, trastabilló y cayó al suelo, aunque el caballero evitó que el corte fuera mayor, la espada lo siguió dañando por dentro. El ladrón soltó un grito de dolor, las lágrimas le caían por el rostro.

—Piedad, os lo suplico, piedad...

El caballero frunció el ceño. Apretó con fuerza la empuñadura de la espada y puso un pie en el ladrón, impulsándolo de una patada hacia adelante y al mismo tiempo, retrajo el brazo, desincrustando la espada.

El ladrón cayó al suelo y comenzó a convulsionar.

—Las sucias ratas como tú no merecen piedad. —dijo el caballero, y miró a sus colegas—. Lleváoslo al cirujano y después lo metéis en el calabozo.

Los soldados se acercaron al ladrón y lo agarraron de ambos brazos. Se lo llevaron a rastras y a su paso, iba manchando la calle con sangre.

Sin embargo, la mirada del caballero de la armadura plateada se fijó en mí, y frunció el ceño. Comenzó a caminar con lentitud.

¿Era esa puta pañoleta? ¿Acaso creía que yo era un ladrón o alguna clase de cómplice? ¿O tal vez pensó que me estaba burlando de él al tener la mano en el bolsillo? ¿Me viene a recriminar el hecho de que no le impedí el paso al ladrón? Tragué saliva. Impresionante. Apenas había llegado a la ciudad y todas mis expectativas se fueron al diablo tan rápido. Y el hecho de que Acacia continuaba luchando contra mis dedos dentro del bolsillo lo complicaba todo aún más.

—Sir John Barden. —dijo Falstoff. Estaba a mi lado. Erguido.

El caballero de la armadura plateada endureció el ceño y miró a Falstoff.

—Sentí una diminuta descarga de energía divina. Pero eras tú, un insulso vagabundo.

El ambiente estaba tenso e incómodo. Con rapidez, Barden ignoró a Falstoff y llevó una mano a una bolsa de cuero atada a su cintura. Sacó un pañuelo de tela, alzó la espada y comenzó a limpiar el filo, quitando las manchas de sangre.

La tela se tiñó de rojo, y la guardó en la bolsa de cuero. Falstoff se mantenía sereno, en ningún momento perdió la compostura, como si ya nada le importara.

—Forastero —dijo Barden—. Te recomiendo no perder el tiempo con ese sucio vagabundo de ahí. Se te pegarán los piojos.

Luego, Barden sacó una moneda de su bolsa de cuero y se la lanzó a los pies.

Falstoff la recogió y se la llevó al bolsillo, levantó el rostro y se rascó la barba. De algún modo, esa acción irritó al caballero de la armadura plateada.

—Ya no te queda honor. —dijo Barden.

—El honor se acaba cuando conoces el hambre. Y no existe, cuando asesinas inocentes. —respondió Falstoff.

El caballero de la armadura plateada frunció el ceño y chasqueó la lengua. Nos dio la espalda y se marchó lentamente, siguiendo el rastro de sangre.

—Eso fue impresionante —dije en voz baja, pero Falstoff había desaparecido de mi lado.

Lo vi tumbándose en el suelo y apoyando la espalda en la muralla. Sostuvo la moneda de oro mientras la contemplaba como si estuviese decidiendo algo.

Con la mano libre, agarró una botella que tenía escondida debajo de unas telas. Se la llevó a la boca y comenzó a beber. Relajó la mano y soltó la moneda de oro, ésta calló a sus pies.

Sin saber qué hacer, me senté y apoyé la espalda en la muralla. Necesitaba un descanso. Dejé libre a Acacia y esta me miraba con enfado.

—¡Ya no quiero jugar más a ese juego! —dijo.

—Está bien, pero solo si te escondes en el bolsillo. ¿De acuerdo?

—¡Vale!

Sonreí, Acacia era bastante ingenua. De pronto, mi estómago empezó a rugir.

—¿Por qué tu estomago sonó, Roble? —preguntó Acacia.

—Calla boca, eso da igual ahora —dije. Le puse un dedo en su cabeza y la escondí en mi bolsillo. Volvió a refunfuñar, otra vez.

Miré a Falstoff, y noté que me había ofrecido algo para comer. Era una especie de patata asada. Ya no importaba nada más, si empezaba a sobre pensar las cosas, antes me terminaría matando el hambre que alguna clase de infección.

Se la acepté. Estaba fría al tacto. Sin dudarlo, empecé a comer. Tenía un gusto parecido a una patata de la tierra, sabía deliciosa. Le di unos trozos a Acacia y ella se alegró bastante. Al comer, se asemejaba a una pequeña ardilla.

—Eso fue impresionante, pero no me parece que el ladrón fuese inocente

la verdad.

Falstoff guardó silencio. Tenía pinta de que no quería hablar de eso. Creo que sus palabras iban por otra parte, tal vez no apuntaban al ladrón.

—¿Por qué ese sujeto te tiene mala? —proseguí—, ¿Y de donde se conocen?

—Fue mi pupilo, pero eso ya no importa. La paz finalmente llegó y todo se ha ido a la mierda.

Volví a comer otro trozo de patata.

—Sé que esto es un poco imprudente ahora, pero necesito preguntárselo a alguien. ¿Sabes cómo ganar dinero en esta ciudad?

Falstoff me miró y se rascó la barba.

—Puedes ir al gremio de aventureros. No sé cómo estarán las cosas ahora, pero antes era una fuente confiable de dinero. Eso sí, ten cuidado con las misiones que elijas, las probabilidades de morir son muchas si escoges mal.

—Lo tendré en cuenta —respondí, y volví a mascar otro trozo de patata.

Me puse de pie y Falstoff me dio las indicaciones con algunas referencias bastante claras sobre la ubicación del gremio de aventureros.

No sé por qué, pero sentí que al fin estaba logrando algo. Inscribirme en un gremio y comenzar mi pequeña aventura hasta establecerme en alguna ciudad. Apreté el puño, era hora de cambiar este desastre de vida por algo mejor.

Le agradecí a Falstoff por su generosidad. Acacia se despidió casi llorando, algo parecido a lo que hizo con Clavel. Me impresionaba lo sencilla e ingenua que era esta criatura. Sin embargo, noté que Falstoff casi vuelve a reír por Acacia. Eso era bueno, parecía deprimido después de su impasse con Barden.

Y volvimos a caminar por la ciudad siguiendo la dirección que nos dieron. Acacia no dejaba de sacar la cabeza por el bolsillo para mirar. Era una criatura muy curiosa.

Estábamos caminando por la calle principal, parecía una especie de gran avenida, nos topamos con una tropa de más de veinte militares en fila, marchando hacia nuestra dirección.

—Roble, ¿por qué caminan tan juntos? —preguntó Acacia. Me llevé la mano al bolsillo y le volví a hundir la cabeza con un dedo.

La criatura comenzó a refunfuñar.

—No están caminando, son militares y están marchando.

Esta vez, Acacia volvió a sacar la cabeza fuera del bolsillo pero lo hizo de manera disimulada.

—¿A dónde van?

—No tengo ni la menor idea.

Acacia siguió mirando. Por mi parte, si vieran a un forastero usando esta pañoleta de porquería, creo que no tendrían problemas en apartarme a empujones del camino.

Decidí hacerme a un lado, bajé la cabeza y continué mi recorrido. Me estaba poniendo nervioso, solo había recibido un trato horrible de parte de la gente de esta ciudad. Y las probabilidades de que fuese igual o peor con los soldados, era mucho más alta.

Finalmente, las tropas pasaron por mi lado sin percatarse de mi presencia. Solté un breve suspiro de alivio.

Después de una corta caminata, llegamos a la dirección que Falstoff nos había indicado. Me di cuenta de un detalle, podía leer el lenguaje de este país a pesar de que eran siglas extrañas. El gran letrero de madera que estaba al frente del edificio decía, gremio de aventureros.

Por fin, mi momento había llegado. Me convertiría en un aventurero como las series y los libros de fantasía siempre nos habían hecho soñar.

Pero, en ese momento no me percaté de un pequeño detalle. Al fijarme en la entrada, una fila enorme de gente se agolpaba frente a la puerta y cubría casi una calle completa.

Tragué saliva, mi suerte no podía ser peor. Resignado, me posicioné en la fila al último. Acacia no dejaba de mirar.

—¡Roble! ¡Hay muchos humanos! ¡Muchos! —dijo la criatura.

Si alguien notaba su presencia, la podrían secuestrar. Aunque Acacia tenía una velocidad fuera de lo común, por su ingenuidad, podría pensar que escapar estaba prohibido o algo así.

Volví a meterle la cabeza en el bolsillo, de pronto, sentí unos pinchazos en la yema del dedo. Solté un par de gritos de dolor y saqué el dedo del bolsillo.

Acacia me había mordido y ahora parecía una especie de Piraña. Comencé a moverla de lado a lado para que me soltara el dedo, pero ella seguía aferrada y se dejaba llevar por el movimiento.

—¡Suéltame el dedo, bicho volador!

Apretó más fuerte. Solté otro grito más. De pronto, empecé a escuchar murmullos.

—Por eso odio a los forasteros —dijo un hombre, un poco más adelante en la fila

—¿El guardia dejó entrar a ese raro de ahí? —preguntó una señora.

—¡Nos quitan trabajo! —soltó otro.

A pesar de todo, el bicho volador no dejaba de morderme. Con suavidad, la llevé a mi bolsillo y la dejé ahí, hasta que dejara de apretarme el dedo con sus filosos dientes. Me puse en la fila y agaché la cabeza. ¡Dios! ¡Mi primer día en la ciudad y ya me estaban tachando de loco!

—¡No más dedos! ¡Dedo malo! —dijo Acacia, hasta que por fin dejó de morderme.

Después de casi dos horas de espera. Había llegado mi turno. El gremio consistía en un edificio de tres pisos. La zona baja, un bar restaurante. Segundo piso, la zona de registros y el tercer piso, oficina del sheriff.

La recepción, consistía en una caseta de madera. Me acerqué a ese lugar. Estaba atendido por una dama bastante amable.

—Hola. ¿Qué tal? Vengo a registrarme como aventurero —dije.

La recepcionista me miró extrañada.

—¿Cómo aventurero dices? Desde hace un tiempo que no aceptamos ese tipo de solicitudes. El gremio de aventureros se canceló porque ya casi no hay monstruos en la región.

—¿Ah?

—Pero puedes ser un aventurero freelance —ella me pasó un formulario—. Mira, solo tienes que rellenar estos documentos, pagar una cuota de

inscripción y después tienes que pagar mensualmente un impuesto.

Me la quedé mirando. Tragué saliva y me refregué los ojos.

—Perdón. ¿Qué acaba de decir? —pregunté.

—Acabo de decir que solo tienes que firmar estos documentos, pagar la inscripción una única vez, y los impuestos son mensualmente.

Espera. ¿Tengo que pagar para ser aventurero?

—Bueno... —dije, quizás no todo era tan malo—, supongo que los impuestos se miden por un porcentaje y solo se pagan si consiguiera trabajo. ¿Verdad?

La chica me miró extrañada.

—Los impuestos son fijos y se pagan mensualmente. Ah, y la inscripción se renueva cada año.

—Roble, ¿serás un aventurero? —preguntó Acacia, desde su trinchera.

Quedé en silencio, resignado. Me despedí de la recepcionista y salí del edificio. Dos horas de espera para enterarme de que mis sueños son imposibles.

Sin dinero, sin esperanza, sin un lugar para dormir y sin trabajo. Comencé a caminar rumbo a las puertas de la ciudad.

Noté que había murmullos en las calles, sin embargo, no podía escuchar bien pero parecía que algo estaba ocurriendo. No le di mucha importancia, solo tenía que preocuparme de la criatura divina que tenía a mi cuidado.

Pasaron varios minutos hasta que me di cuenta de que había llegado al lugar donde nos encontramos con el vagabundo. Falstoff seguía ahí.

Me acerqué a él, me senté y apoyé la espalda en la muralla. Falstoff me miró, y luego me extendió la mano, estaba agarrando la botella de vino.

—Por esta maldita vida —dijo Falstoff.

Agarré la botella y miré la boquilla. Por mi mente pasaron diversos pensamientos: bichos, infecciones, bacterias, gérmenes, muerte.

—Salud —dije.

Y bebí un buen trago de vino. A la mierda todo.